

LETRAS

Letrillas

LETRONES

BIOGRAFÍAS

VOLODIA Y NERUDA

El novelista Germán Marín, hombre que viene de la izquierda comunista de los años sesenta y setenta, de las vísperas exaltadas y del agitado período de la Unidad Popular, fue el gran aguafiestas de los funerales de Volodia Teitelboim. A pesar de la solemnidad de la ocasión, o quizá precisamente por ella, no quiso cuidar sus palabras. Dijo que Volodia, autor prolífico de novelas sociales y de biografías de escritores, sólo tenía un talento de escritor; que sus memorias no eran más que crónicas olvidadizas; que sus biografías estaban escritas desde el lugar común; que había sido siempre un cómplice del estalinismo, cómplice declarado en la década de los cuarenta y a comienzos de los cincuenta, vergonzante en los años que siguieron.

Estoy de acuerdo en casi todo, pero creo que Marín fue injusto en un aspecto importante. Volodia, como lo comenté muchas veces con José Donoso, quien solía frecuentarlo más que yo, era un enamorado de la literatura, y eso quizá lo redimía de muchos de sus pecados literarios. Añadiría, por mi parte, que fue un enamorado bastante mal correspondido, pero esto ya es harina de otro costal. A pesar de todo, a pesar de sus errores y sus majaderías, y a pesar, desde luego, de su estólido estalinismo, del

que nunca dio señales de autocritica o de arrepentimiento, Volodia, con enorme paciencia, con tenacidad férrea, con notable capacidad de lectura, llegó a ser un verdadero hombre de letras, en más de algún sentido un buen académico, lo cual se contradice curiosamente con sus pretensiones revolucionarias. Ahora bien, ¿cuántos militantes comunistas de la vieja guardia terminaron en un declarado y consagrado academicismo? En Europa occidental y del Este, en Iberoamérica, abundan los ejemplos. El estalinismo puede ser libresco, ilustrado, y gozar de una memoria altamente selectiva. Volodia Teitelboim, en estos terrenos, era un ejemplo extraordinario, y le gustaba mucho decir, en los últimos tiempos y en forma un tanto críptica, que él era, precisamente, un intelectual “todo terreno”.

A mí me parece que los académicos, los hombres de letras, los ilustrados de ahora, son necesarios, y más que nada en Chile, en nuestro paisaje intelectual parejo, modesto, carente de estímulos de todo orden. Pero, por otro lado, los aguafiestas, como contrapartidas de esta rampante mediocridad, son más que necesarios. Germán Marín lo sabe muy bien. Se adhiere a una tradición intelectual que conoce a fondo y que también se podría definir como una antitradición. Juan Emar, Vicente Huidobro, el propio Nicanor Parra pertenecen a esta familia insatisfecha y provocadora. ¿Qué hubiera sucedido si las ceremo-

nias de la muerte de Volodia se hubieran reducido a unas pompas políticas en el Salón de Honor del antiguo Congreso Nacional, rodeado de los emblemas de su viejo partido; a una Internacional cantada al más alto nivel, con la presidente Michelle Bachelet y sus principales ministros colocados junto al ataúd en formación casi militar; a unas declaraciones extravagantes del candidato de la derecha, Sebastián Piñera, quien de repente cambió su chaqueta de financista y de político, no se sabe con qué títulos, por la de crítico literario, arriesgándose a declarar que Volodia era “un gigante”?

Germán Marín sostiene que Teitelboim, en su conocida y en cierto modo oficial biografía de Pablo Neruda, “no se atrevió a ir más allá en sus relaciones amorosas”. Es un juicio parcialmente correcto, pero implica una reducción simplista, hasta ingenua, de los problemas de fondo que plantea una biografía contemporánea de Neruda. Volodia no se atrevió a ir más allá, debido a sus prejuicios, a sus anteojeras visibles, evidentes, en muchos, en casi todos los elementos esenciales de la vida y de la poesía de Neruda, no sólo en los amorosos. Si uno lee su biografía con un poco de atención, descubre que fue un verdadero maestro de la omisión piadosa. Voy a indicar sólo algunos detalles que son, en verdad, como comprenderá de inmediato el lector, mucho más que detalles. Y conste que el *Neruda* de

Volodia Teitelboim se presenta como una biografía clásica, respetuosa de la historia pública y privada del personaje, objeto de estudio para las generaciones presentes y futuras. Pues bien, me permito adelantar unas pocas de esas observaciones. El texto nos informa, por ejemplo, que el joven Pablo Neruda consiguió por fin, a mediados de 1927, y no se sabe después de qué gestiones previas, un nombramiento diplomático, y nos dice que viajó en junio de ese año al Extremo Oriente para asumir el puesto de cónsul de Chile en Rangún, en la antigua Birmania. Cónsul honorario, asegura el texto, pero la verdad es que era un consulado de elección, cargo que daba derecho a un sueldo fijo mínimo y a un porcentaje de las entradas consulares. Lo que importa aquí, sin embargo, es otro “detalle”. La autoridad chilena indiscutida a partir de abril de ese año era el entonces coronel Carlos Ibáñez del Campo, quien iniciaba, en calidad, primero, de vicepresidente de la República y, luego, de presidente, su período de cuatro años de dictadura militar ligeramente maquillada. Es un dato histórico que ningún biógrafo serio podría omitir. Las generaciones de hoy tienen derecho a conocerlo. Por lo demás, no es un argumento de peso en desmedro del Neruda de Rangún, de Colombia, de Batavia, el poeta de *Residencia en la tierra*, uno de los grandes libros de toda la poesía del siglo XX. Ibáñez, a través de su ministro de Hacienda Pablo Ramírez, dio becas a intelectuales y artistas como Camilo Mori, Luis Vargas Rosas, Israel Roa y Samuel Román, entre muchos otros. Fue, esa ayuda a los artistas, un sello de su gobierno, hasta un estilo de gobierno. El llamado Grupo de Montparnasse, cercano a Vicente Huidobro, a Juan Emar, a no chilenos como Juan Gris o Alejo Carpentier, pudo formarse, en buena parte, gracias al apoyo del Estado ibañista. Si queremos enfocar nuestro desarrollo intelectual con claridad, sin recurrir a los ocultamientos piadosos, tenemos que decirlo con todas sus letras. Claro está, leyendo las biografías apologéticas de Volodia Teitelboim nos



Volodia Teitelboim, 1917-2008.

quedamos en las nubes.

En todo el fenómeno esencial, dramático, de consecuencias humanas y políticas profundas, del estalinismo y de la relación de Pablo Neruda con José Stalin, Volodia escribe con una beatería y una hipocresía simplemente asombrosas. Veamos, por contraste, a fin de sacar conclusiones aceptables, actuales, reveladoras, tres o cuatro versos de Neruda en la sección *El miedo*, parte de *Memorial de Isla Negra*, sobre el fenómeno estalinista: “Siempre aquellas estatuas estucadas/ de bigotudo dios con botas puestas/ y aquellos pantalones impecables/ que planchó el servilismo realista...” En el mismo libro, poco más adelante, Neruda, ya de vuelta del realismo socialista, escribirá: “Amo lo que no tiene sino sueños./Tengo un jardín de flores que no existen./ Soy decididamente triangular...” Son afirmaciones transparentes, indicaciones inequívocas de un cambio estético y de visión política, aunque no sean ni pretendan ser o implicar un cambio de militancia. Neruda me dijo más de una vez, a propósito del tema: no puedo pasarme para el otro lado y permitir que me utilice “El Mercurio”. En buenas cuentas, Neruda siguió leal a su partido, pero renegó con la mayor claridad de su antigua y recalitrante adhesión a José Stalin. Pues bien, Volodia, nuestro biógrafo aplicado, metódico, sentencioso, pasa todo este proceso por alto, o lo menciona en pinceladas ligeras, superficiales, asumiendo un tono general de gracejo, de algo que podríamos definir como gracejo sin gracia. El nombre “Stalin”, sin ir más lejos, figura

sólo una vez, y en forma circunstancial, en las quinientas y tantas páginas de su biografía de Neruda.

En algunos pasajes de la biografía, las omisiones de Volodia son francamente extraordinarias. El poeta llega en el mes de agosto de 1940 a hacerse cargo del consulado general chileno en la capital de México. A las pocas semanas, un funcionario mexicano, de hecho, el entonces embajador de México en Chile, el poeta Manuel Maples Arce, se le acerca y le pide que ayude al famoso muralista David Alfaro Siqueiros, quien se encontraba en prisión, a salir del país y viajar a Chile. Neruda, en su condición de cónsul, le concede una visa a Siqueiros, a pesar de que no estaba autorizado por el ministerio chileno, y Volodia sugiere que lo hace por motivos culturales. Gracias a ese gesto, escribe, Chile puede contar ahora con un auténtico mural del pintor mexicano en una escuelita de Chillán. Es verdad, desde luego, pero hay otra verdad oculta, maliciosamente omitida. Siqueiros no estaba en la cárcel por una infracción de tránsito o por alguna evasión de impuestos. Siqueiros había organizado un atentado de un grupo comunista armado en contra de León Trotski, el archienemigo de Stalin, asilado desde hacía algún tiempo en la capital federal. Es un “detalle” que los lectores, después de más de sesenta años de los sucesos, tienen derecho a conocer. Pero resulta que el nombre “Trotski”, que tuvo tan estrecha y terrible relación con el problema del estalinismo, ni siquiera figura en la biografía de Volodia.

Germán Marín sostiene que el vate, esto es, Pablo Neruda, “ya en el setenta estaba cabreado y empezó a hablar del estalinismo”. Si uno lee bien su poesía, descubre que su “cabreo” venía del año 64, fecha de la publicación del *Memorial de Isla Negra*, e incluso de antes, de la época de *Estravagario* (1958). En París, en vísperas de la concesión del Premio Nobel de Literatura, fue extensamente entrevistado por el conocido periodista Edouard Bailby para la revista *L'Express*. Supe de la entrevista en detalle y hasta tuve algo que ver con su organización. Durante la conversación, el tema de Siqueiros y de su asalto a la casa de Trotski en México DF salió a relucir. Neruda había llegado a la capital mexicana después del episodio, de manera que las acusaciones en su contra, que circulaban en Europa en vísperas del Nobel y que todavía circulan en algunos lados, carecen de base. Neruda le explicó a Bailby cómo el embajador Maples Arce le había pedido que ayudara a sacar a David Alfaro Siqueiros, detenido demasiado incómodo para su gobierno, a Chile, y por qué le había dado la visa a pesar de la oposición de la administración chilena. Bailby, entonces, en la sala privada que había arreglado el poeta en el segundo piso de la residencia de la Motte-Picquet, le preguntó por su adhesión al estalinismo. ¿Qué pensaba él al respecto en esa segunda mitad de 1971, en los días en que era embajador del gobierno de Salvador Allende en Francia? La respuesta literal de Neruda, que consta por escrito en su entrevista de *L'Express* y que Volodia ni siquiera habría soñado con dar, fue la siguiente: *Je me suis trompé*. La dijo en su francés aprendido en los años veinte en el Instituto Pedagógico de Santiago. La traducción, como los lectores ilustrados saben, es: *Me equivoqué*. Era, como ya comprenderá el lector, una afirmación enteramente desconocida y hasta imposible para Volodia, que nunca se equivocaba. Y que por eso, a lo mejor, recibió tantos homenajes oficiales y no oficiales en su deceso. —

— JORGE EDWARDS

CARTA DESDE LA CRISIS CRIMEN SIN CASTIGO

Ser empleado bancario es uno de los trabajos más complicados hoy en Estados Unidos. Los empleados de la sucursal de JP Morgan Chase ubicada en la calle 63 y Broadway, en Nueva York, tienen que enfrentar cada día la misma pregunta: ¿cuánto tiempo va a durar la crisis? Éste es un signo de la economía moderna: las crisis primero son psicológicas y luego económicas.

Hoy Estados Unidos enfrenta la peor pesadilla, y sus signos se multiplican en pequeños detalles. La gente luce preocupada y las macrotiendas, casi vacías; los diarios tienen poca publicidad; la economía es un miedo que se percibe y se respira.

En el mundo protestante en que Adam Smith fundó la economía política, a cada pecado corresponde un castigo. Fue así como nació la preeminencia del pensamiento económico sobre el comportamiento social en Estados Unidos.

Ondeando la bandera del liberalismo económico, en 1929 el mundo tuvo que pagar las consecuencias de la avidez con que explotó hasta la saciedad el sistema bursátil estadounidense. El 24 de octubre de ese año ocurrió el primer “jueves negro” que se recuerda en la historia de las especulaciones financieras, cuando la furia de Dios se manifestó contra la ambición sin límite de aquellos guiados por la avaricia.

En esa ocasión, los juegos bursátiles pusieron al mundo en peligro y dieron pie a la configuración de la era moderna. Franklin Delano Roosevelt, hijo político de la Depresión, jamás hubiera llegado al poder sin la fractura económica, pues siendo gobernador de Nueva York convocó a la elaboración de un programa anticrisis que le permitió ganar las elecciones presidenciales de 1932 con la promesa de “un nuevo trato para el pueblo estadounidense”.

Desde entonces en Estados Unidos



Wall Street

ha prevalecido el poder federal sobre la vida cotidiana. Ahora, cuando inicia la era del *postbushismo*, comienza también la reflexión sobre dónde estamos, quiénes somos y hacia dónde queremos ir.

En este contexto, el estadounidense promedio se ve obligado a enfrentar la peor de sus pesadillas: la convulsión de su moneda.

La traición a los valores de los Padres Fundadores —pelear guerras sin razón o ser considerados como el *enemigo* por el resto del mundo— no tiene importancia hasta que se presenta el verdadero castigo de la crisis económica.

Cuando John Steinbeck, uno de los grandes narradores americanos, describió en *Las uvas de la ira* la historia de una familia del *Midwest* que huía de la miseria, trazó a la América profunda arruinada en la década de 1930 por la tromba financiera que había hecho impagables las hipotecas.

Hoy, la historia se repite. En cincuenta años, ésta es la primera vez en que la clase media siente que no progresa. Según un reciente estudio

realizado por el Pew Research Center y Gallup, 25% de los estadounidenses considera que en los últimos cinco años no ha mejorado su calidad de vida mientras 31% cree que ha retrocedido.

El 16 de marzo de 2008, cuando Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal, autorizó que el sistema central bancario suministrara treinta mil millones de dólares a JP Morgan Chase & Co. para comprar el banco Bear Stearns, nuevamente surgió una de las transformaciones más apasionantes de la historia moderna de Estados Unidos.

En 1929 el sistema dejó que los bancos se hundieran; ahora el banco central no les permitirá quebrar, por lo cual se han tomado una serie de medidas para impedir una posible recesión.

Bernanke aclaró de manera contundente que el gobierno norteamericano no implementará una suerte de Fobaproa. La fórmula establecida contiene garantías que aseguran ser benefactoras y legales; de lo contrario la Reserva Federal no sólo sería dueña de Bear Stearns sino de JP Morgan Chase & Co.

Las medidas instrumentadas por el gobierno de George W. Bush no sólo buscan atajar una crisis financiera, sino resolver un problema coyuntural: Bernanke —como un nuevo Moisés— abrió las aguas de la crisis para que las tribus del pueblo elegido pudieran seguir comprando.

El mal ejemplo

En 2008, ¿quién es el culpable de la crisis?

Desde 1950 no ocurría que el bien esencial de un estadounidense de clase media, su casa, perdiera valor. La causa es, en el fondo, muy simple: enfrentamos un proceso de transformación de sociedades industriales a sociedades consumistas, y en el consumo hemos fijado la esperanza para sobrevivir.

Tras la invasión de Iraq, en 2003, un grupo de periodistas preguntó a George W. Bush qué podía hacer el

honrado John —la clase media— para apoyar el esfuerzo bélico y estar en consonancia con su gobierno; sin titubear respondió: “go shopping” (vayan de compras). Esta petición podría parecer una simplificación del conocimiento humano, habitual en el ex gobernador de Texas, pero es todo lo contrario: la evidencia del cambio que vivimos y la razón por la que Bernanke está dispuesto a emplear millones de dólares para financiar el consumo, contrario a la práctica que durante años fue parte fundamental de la estructura económica norteamericana: el ahorro como medida preventiva.

Estados Unidos ha basado su crecimiento económico en dos factores fundamentales. El primero: la práctica de vivir el día a día por encima de las posibilidades reales de cada individuo, hipotecando —si es preciso— varias veces su patrimonio. El segundo: la supremacía de la sociedad de consumo, que ha hecho que el bien a proteger sea el consumo y no la producción.

Para mantener el sueño americano, el sistema financiero ha tenido que padecer cismas en muchas ocasiones. Este fue el caso de Enron, una de las diez empresas más importantes en ese país, que demostró que las normas contables tenían una serie de defectos que permitían la sobreexplotación del consumo. Una de las consecuencias de la política económica nacida en 1944 fue el cumplimiento de las normas comúnmente aceptadas como salvoconducto en el sistema económico mundial. Enron acabó de un plumazo con esta situación.

En sólo un año, 2001, el gigante de la energía reportó ganancias por más de mil millones de dólares; en diciembre, sin embargo, se había declarado en quiebra argumentando deudas por más de treinta mil millones. Este escándalo, que llegó hasta los tribunales, afectó gravemente a Arthur Andersen, una de las firmas de auditoría contable que durante años rigió la economía mundial.

Sin embargo, y pese a las enormes pérdidas generadas, la crisis fue con-

trolada; el sistema se depuró a fuerza de producir leyes como la Sarbanes-Oxley, que busca evitar que las empresas eludan la responsabilidad de sus actos gerenciales basándose en el desconocimiento y la falta de control sobre la información financiera reportada a los mercados.

En la crisis de Enron hubo crimen y castigo. La gente pudo respirar sabiendo que algo no había funcionado bien pero que los errores se habían rectificado, consolidándose así la economía fuerte y liberal de Estados Unidos: cualquier verdad, por cara y vergonzosa que sea, es más barata que una mentira colocada en el sistema.

Ahora hay un nuevo crimen y, sin embargo, el sistema, encabezado por la Reserva Federal, y con la plena complicidad del mandatario estadounidense, e incluso de los candidatos a la presidencia, es incapaz de reconocer que si hubiera que castigar a alguien sería al sistema en su conjunto.

Una regla de oro de la economía mundial dice que nunca hay que poner dinero bueno sobre dinero malo. Esta es la característica más grave de la crisis actual: no se debe a ciertos excesos amparados por otros sino a un conjunto de acciones que, al grito de “¡consumo!”, ha terminado por destruir la estructura ortodoxa del sistema económico.

La conversión de sociedades de producción en sociedades de consumo es un caballo que cabalga desbocado por una senda que, lejos de frenarlo, le incita a ganar una competencia que no tiene meta.

El 20 de enero de 2009, cuando el próximo presidente de Estados Unidos —sea un afroamericano, una mujer o un héroe de guerra— jure en la explanada del *mall* en que se ha convertido el Capitolio, más allá de presentar las pautas que marcarán su gobierno, deberá decidir si quiere gobernar un país y un mundo caracterizados por el consumo o si prefiere decir a los que gastan sin límite que la fiesta se acabó.

— ANTONIO NAVALÓN

ANECDOTARIO

EL DÍA EN
QUE NO CONOCÍ
A OCTAVIO PAZ

Fue en octubre de 1975, uno de los días más desastrosos de mi vida. Me había buscado para darme cita y me puse nervioso; a ello se sumó la incomodidad de que, antes, tenía sesión de trabajo con mi jefe, el profesor Antonio Millán, que dirigía (es un decir) la *Revista de la Universidad*, en la que yo me ganaba unos centavos como editor y corrector (otro decir). Le encantaba explicarme unas desbordadas teorías, como que los problemas de México se debían a que su mentalidad era vigesimal mientras que la del resto del universo era decimal.

Me había citado a la una en su casa de Tlalpan y Paz me esperaba a las cuatro en su oficina de la revista *Plural*, en Reforma. Iba a tener que correr. Al terminar el trabajo, cuando ya iba a escaparme, Millán me mostró un extravagante artefacto: un ábaco vigesimal inventado por los antiguos mayas. Luego mandó por su hijito, al que había educado vigesimalmente, lo sentó frente al ábaco, me puso en las manos una calculadora electrónica y me dijo que propusiera una multiplicación descomunal. Resignado, dije algo como 64 mil 513 por 32 mil 888. El niño zarandeo velozmente las cuentas y produjo una respuesta antes que la calculadora. La respuesta estaba absolutamente equivocada, pero la cara orgullosa de Millán me impidió decirlo. Mientras me acompañaban a la puerta, orondo, Millán declaró que el sistema vigesimal iba a hacer de México un verdadero gigante. Yo pensé que sí, sobre todo en el ramo de la producción de ábacos vigesimales, pero me volví a callar. A manera de despedida, como para castigar mi escepticismo decimal, sucedió algo horrible: el niño me vomitó un pie.

Unos meses más tarde, el profesor Millán abandonó todo y se fue a vivir a una casita frente al mar.

En fin, la cosa es que, además de corregir y leer pruebas, comencé a publicar reseñas de libros en esa revista y la última había sido sobre *El mono gramático*, un libro de Paz que recién había salido y me había gustado mucho. A pesar de que la *Revista de la Universidad* era un cadáver que circulaba únicamente en las salas de espera de las oficinas universitarias, Paz se las había arreglado para hacerse de un ejemplar y, más asombroso aún, para conseguir mi número telefónico. Me había dicho que le había gustado mi escrito, que deseaba conocerme y me citó para el día siguiente. Atónito, alcancé a tartamudear un par de frases y en ninguna metí una información crucial: ese día, a esa hora, tenía examen final de Literatura Mexicana Moderna.

Me pasó la noche en vela. Pensé que seguramente Paz iba a someterme a un examen general de conocimientos del que iba a salir muy mal librado. Como la única rama del saber que dominaba en



Octavio Paz, 1914-1998

ese momento era la poesía de Manuel José Othón, urdí un plan para conducir la conversación velozmente hacia ella: consistía en darle la mano y decirle: “Mucho gusto, ¿qué opina de Manuel José Othón?” Por si las dudas, decidí también memorizar un par de aforismos de William Blake. ¿Qué tal que viniera al caso decirle, por ejemplo si me ofrecía un café, que “Sí, gracias, pues la ruta del exceso conduce al palacio de la sabiduría”?

Le agradecía a Millán su ofrecimiento

de lavarme el pantalón y corrí hacia el camión que me llevaría al metro que me llevaría al centro. Llegué con tiempo de sobra. Los gestos de asco de los pasajeros ante mi pie vulnerado me advirtieron que no podía presentarme así ante Paz. Vi a un jardinero que regaba los jardines y le mostré el desastre; sin decir agua va, pero haciéndolo, enderezó el chorro hacia el pantalón y el zapato. Empapado, me senté frente a una fuente y procuré calmarme mirando las estatuas encuestradas. Entonces ocurrió la siguiente tragedia: se apareció el bolero.

Yo era muy pobre y sólo traía diez pesos encima, lo suficiente para comprarme una torta y pagarme el transporte de regreso, pero sacrifiqué la torta a cambio de unos zapatos bien lustrados. Luego de un rato, el bolero me dijo “listo” y que eran diez pesos. Como en esos años una boleada costaba dos pesos, manifesté mi asombro. Explicó que no sólo los había boleado, sino que los había rehabilitado, pues eran una ruina. Le dije que no tenía dinero. Me dijo que llamaría al sindicato de boleros de la Alameda y que lo que tendrían que rehabilitarme iba a ser la cara. Una vez en la inopia, calculé si no sería demasiado grosero pedirle dinero prestado a Paz el mismo día en que iba a conocerlo.

Ya en la oficina, la señorita dijo “Fíjese que el señor Paz no pudo venir”, tomó el teléfono, dijo “Ya llegó el joven” y me pasó la bocina. Paz me dijo que lo sentía mucho, que había tenido una emergencia, que estaba muy apenado, que lo disculpara y que por favor regresara la semana siguiente. Dije que sí, que claro, que lo entendía muy bien. Quizá, me dije, cuando se preparaba para acudir a nuestra cita, había tenido una inesperada visita de las musas y le estarían dictando versos espléndidos.

Salí a la calle. Estaba diluviando. Tenía mucha hambre. Metí el pie en el primer charco lleno de lodo. No tenía un centavo. Había reprobado Literatura Mexicana Moderna. Pensé en Blake: “demasiada tristeza ríe; demasiada alegría llora”. Tenía veinticuatro años. —

— GUILLERMO SHERIDAN

CRÓNICA

¡QUE VIENE EL AVE!

Lunes 10 de marzo, 17:30. El AVE Madrid-Barcelona es una amenaza tanto tiempo pospuesta que aún la rodea un halo de irrealidad. Hacía tanto que oíamos el grito de “¡Que viene el AVE! ¡Que viene el AVE!” que pasó como con el lobo, que cuando ha llegado casi ni nos hemos dado cuenta. Pero los rumores circulan desde un par de semanas atrás, claro, y las sonrisas de superioridad de quienes ya lo han usado empiezan a resultar molestas. Incluso la tentación de sacarse la tarjeta de puntos del AVE ha sido demasiado fuerte, y ya es hasta violento admitir que aún no se ha puesto el pie en el vagón.

Empecemos por lo obvio, es una maravilla emplear un tercio del tiempo (y del dinero) en llegar al punto de partida. Aparte del alivio que produce para tantos procrastinadores profesionales poder esperar hasta sólo dos minutos antes para acceder al tren. Un problema inmediato e igual de obvio es que nadie se paró a pensar que con el nuevo servicio muchos más taxis acudirían a depositar viajeros, así que a lo largo del día se van formando periódicos atascos para alegría de los taxistas, que le sacan beneficio y tema de conversación. Sirva de aviso para esos mismos procrastinadores.

Al llegar al control de seguridad, la visión del guardia y la cinta de rayos X para maletas certifican el condicionamiento pavloviano del usuario de aeropuertos, porque le cuesta aceptar que pueda pasar con zapatos, cinturón y ordenador. Por más que busca no hay arco detector de metales al que rendir pleitesía, y tiene que volver a guardarse, humillado, llaves, monedas, tarjetas de crédito, teléfonos móviles y chicles con envoltorio de aluminio en el bolsillo. Están locos estos ferroviarios.

Lunes 10 de marzo, 17:48. El desconcierto es grande al comprobar que la vía no aparece anunciada. Pero tras tan larga espera (al AVE se le espera



El AVE que por fin llegó.

desde 2002) la fe es tan grande que la posibilidad de un error o un retraso resulta sencillamente inasumible. Claro, como sólo hace falta estar dos minutos antes, tampoco es necesaria mucha antelación, se consuela uno. Sobrado de tiempo, es el momento de husmear la terminal de salidas, por usar el término aéreo.

Segunda falta de previsión: al otro lado del pseudo control de seguridad, el viajero encuentra algo más parecido a una estación de autobús de ciudad mediana que a los centros comerciales de alto *standing* que son los aeropuertos hoy día. Tiendas de chucherías y de complementos a bajo precio, un bar hostil y una librería-kiosco atestada. Dicho sea esto con todos mis respetos a las ciudades medianas, las tiendas de chucherías y los bares hostiles (sobre todo a los bares hostiles).

Lunes, 10 de marzo, 18:05. Confirmando la sensación de irrealidad, la vía del AVE de las 18:00 se anuncia a las 18:05 y una manada de gente se abalanza sobre la puerta anunciada, la 4. Para agilizar el acceso unas solícitas azafatas inician una confusa maniobra que culmina en la gente pasando por las puertas 3, 4 y 5 camino del tren sin que nadie mire ningún billete. Como no hay costumbre, parece que el caos fuera totalmente normal y planificado. Maravillas de los momentos inaugurales.

Lunes, 10 de marzo, 20:10. El vagón

de turista va medio vacío, así que no hay problemas de espacio. Además todo está nuevo, da hasta respeto usar el baño. Unos griegos sentados delante ponen la nota exótica. El tren se ha parado dos o tres veces, durante las cuales todos hacemos como que no pasamos nada y que entra dentro de nuestras habituales experiencias AVE, mientras recordamos aterrados las grietas, socavones y demás percances de las obras. Afortunadamente la llegada se anuncia para las 20:55, o sea los mismos 15 minutos de retraso con que salimos de Atocha. Ergo las paradas, como la guerra del Golfo, no han tenido lugar.

Martes, 11 de marzo, 14:45. Cuando ya estábamos todos acostumbrados al billete de avión, electrónico, virtual, intangible e imposible de perder, llega el AVE y en su materialidad, trae de vuelta el billete en papel, casi cartón de sólido que es, físico, tangible e insustituible. Por favor, cuídenlo, porque además, al no ser nominal, si desaparece sólo cabe pagar un billete nuevo. Y sé de lo que hablo.

En fin, con mi nuevo billete, esta vez en clase preferente para probar la comida, afronto el regreso. Como he pagado dos de los asientos del vagón, tendría derecho a dos comidas, pero me contengo. Mejor, porque el ajuste asiento-trayecto-tipo de refrigerio es de una complejidad cuántica. A saber, todos los pasajeros de preferente tie-

nen derecho a algo de comer, pero el qué depende del trayecto. Así, el que hace Barcelona-Madrid, disfruta de dos platos y postre, pero el que hace Lleida-Zaragoza, vaso de agua y tres cacahuets. Es más complicado aún, porque primero se sirven todos los cacahuets de los que van a estaciones hasta Zaragoza, luego las comidas, y luego los cacahuets restantes. Los diálogos “Para mí, zumo de naranja”, “Lo siento, es que usted se baja en Guadalajara” recuperan en su surrealismo lo mejor del humor español. Y ay del que se cambia de asiento buscando comodidad, el caos provocado puede tener entretenidos a un revisor y tres camareros un buen rato. Dos ingleses al fondo que van hasta Madrid no entienden por qué yendo en preferente no les dan un mal vaso de agua hasta mitad de trayecto. Como se me apagaba la batería del ordenador, pensé explicárselo, pero justo descubro que hay enchufe para portátiles bajo el asiento, así que lo conecto, anuncio que me bajo en Tarragona para que me den un whisky y le doy silenciosamente gracias a la Renfe. La espera ha merecido la pena. —

—MIGUEL AGUILAR

MUNDO EDITORIAL

LA SINFONÍA GRINGA DE BOLAÑO

(PROHIBIDO TOCARLA EN PRISIÓN)

John Corigliano —uno de los diez compositores más interpretados en las salas de conciertos de Estados Unidos— contesta a un entrevistador en la radio con una verdad de Perogrullo: la regla básica para convertirse en un clásico es haber muerto. Roberto Bolaño entró al mundo literario norteamericano cuando ya había cumplido con el requerimiento infame. En vida fue reconocido en el mundo hispanohablante, en Alemania, en Francia y en otros países antes de tocar costas inglesas pero, aunque la recepción fue espléndida en la pérfida

Albión, la publicación neoyorquina no ocurrió de inmediato; entre una y otra el autor murió.

Bolaño entró a Nueva York con el aura de ya pertenecer al Parnaso; el primero de sus libros llegó en diciembre de 2003. *Nocturno de Chile* le siguió *Amuleto* y ésta una selección de cuentos, todos en la prestigiosa *New Directions*. El sello —y un elogio de Susan Sontag en la contraportada— fue, más que una palmada en el hombro, un salto en trampolín.

Chris Andrews, su traductor, es otro factor importante en esta historia. El australiano, marginal de origen como lo fue Bolaño de espíritu, capturó la ironía y el escapismo virtuoso de éste. Verdaderamente camaleónico, su inglés es Bolaño. Un gran autor necesita de un gran traductor, tanto como de un crítico: el lector no puede prescindir de éstos —ni mucho menos el autor.

Bolaño se convirtió en un autor de culto para los conocedores. Llegaba como el relevo de Sebald, otro que como él había sido un extranjero viviendo fuera de base, también muerto prematuramente, también en la cúspide de su carrera. Claro, para Bolaño había un punto extra: llegó a Nueva York cuando ya tenía la estatura de clásico, una especie de bebé milagroso que toca tierra andando con total dominio sobre pasarelas y tacones de aguja sin dejar de ser un troglodita. Un ser que no tiene rival porque pertenece a otro mundo.

En 2007, con la publicación de *Los detectives salvajes* en una editorial con mucho más “músculo” que la primera, su nombre se impone en boca de todos. Farrar, Straus and Giroux la publica de la mano de una nueva traductora; la versión de Natasha Wimmer es más descafeinado que exprés, pero fue con esta que Bolaño se convirtió en el tema de conversación obligada. *The New Yorker*, *Slate*, *Bookforum*, *The Washington Post*, el *NYRB*, *The Nation*, *The New Republic*, *Esquire*: decenas de reseñas elogiosas. *The New York Times* incluye a *Los detectives salvajes* en su lista de los diez libros del año, nombrado entre los cinco prime-



Roberto Bolaño, 1953-2003

ros; *Los Angeles Times* lo pone también en su *top ten*; y *The Washington Post* le otorga el cuarto lugar en la lista.

Farrar, Straus and Giroux cosechó el cuidadoso preparativo labrado por *New Directions*, supo utilizar la corriente y agregarle agua al molino. Lorin Stein, editor de *Los detectives salvajes*, distribuyó entre los críticos setecientas galeras encuadradas y, cuando apareció el libro, lo apoyó con una intensa campaña de anuncios en los medios impresos, páginas completas en periódicos, suplementos y revistas. La poderosa editorial apostó el todo por el todo.

Pienso en las primeras impresiones de Bolaño en español y me pongo melancólica. ¿Cuántos tiró Juan Pascoe en el Taller Martín Pescador, en sus prensas manuales? Consulto con él números precisos. Me permito citar su respuesta:

Bolaño: 225 ejemplares / nunca se agotó: no se vendieron jamás: en su primera época (se trataba de mi tercer impreso público) quizá podíamos haber vendido 7 u 8 ejemplares, quizás a 40 pesos el ejemplar. Más bien, Roberto pasaba por el Taller, se llevaba 10 ejemplares, y los regalaba; cuando se le acababan esos 10, venía por más. Yo también regalaba. Finalmente él se fue a España, y desapareció por tantos años. Me acuerdo que una vez te dije: “Qué raro lo de Bolaño; entró a nuestras vidas como alguien que sin duda la iba a hacer, y han pasado tantos años y nada...” Y tú dijiste: “Ten paciencia: ya verás.” Y tuviste razón... Se

puede decir, quizá, que “se agotó” en 1995, pero simplemente porque alrededor de ese año terminamos de regalar los ejemplares.

De eso ya llovió

Hasta donde vamos, la crítica gringa quiere a Bolaño sin reservas. Críticos literarios –como James Wood en *The New Republic*–, novelistas –como John Banville en *The Nation*– y periodistas le han otorgado la estatura del clásico y tendido sobre él el manto del mito. Como si no bastara tanto que tiene que roerle, *The New Yorker* lo convirtió, en un acto de verdadero malabarismo, en heroinómano. Topo con algo que espero sea broma, porque de verdad no tiene un pelo: un doctor en letras argumenta que Rockdrigo, el compositor e intérprete roquero mexicano que murió enterrado por su propia casa en el terremoto del 85, en realidad sólo fingió su desaparición, viajó a España y se travistió en Bolaño. Todo coopera a sumarle una altura mitológica. Bolaño circula en el territorio de la fábula.

La última perla llevará a nuestro querido autor al doceavo cielo: acaban de prohibirlo en una cárcel texana pues “la página 39, en un bar, escena de sexo colectivo” ha bastado para que se le censure, ya que puede “alentar comportamiento homosexual o desviaciones sexuales criminales... en detrimento de la rehabilitación de los trasgresores de la ley”. Como apunta la revista *Slate*, hay una paradoja: el acto al que hacen referencia es entre un hombre y una mujer. Es la escena de sexo oral que me parece tan importante desde un punto de vista crítico, pues el lector se pregunta: “¿A quién se le ha ocurrido decir que ésta es la novela que hubiera querido escribir Borges? Nada le interesaba menos al ilustre ciego que el mundo bolañesco, sexy, ofensivo y marginal.”

Nadie duda que estamos frente a un futuro *bestseller*. Aún no me toca el momento de subir al *subway* de Nueva York y encontrar en el vagón a los lectores con un ejemplar de Bolaño en las manos. Ocurrirá muy pronto.

Pregunto a Lorin Stein cómo van las ventas: “Hemos vendido 35.158 en *hardcover*”, tal es el número exacto hasta hoy, cuando aún no aparece la edición de bolsillo. Vendrá la película, que ya se está levantando aquí y allá; falta por traducir una parte considerable del cuerpo de su obra. 2666, su obra maestra, sale con Farrar, y estos días llega a librerías su *Literatura nazi en América*, editado por New Directions –ya me pidieron nota en *The Nation*, ya la entregué: la reseñará todo el mundo–. La sinfonía gringa de Bolaño apenas comienza. –

– CARMEN BOULLOSA

INVENTOS MÁQUINAS AUTORAS, ARTIFICIOS LITERARIOS

Después de ser paje del rey Jaime I y gozar de las bacanales habituales de la corte de Aragón; después de casarse con Blanca Picany y tener dos hijos; después de vivir una visión extática que le llevó a abandonar familia y patrimonio y emprender una cruzada de evangelización a las puertas de templos y mezquitas de Alemania, Francia, Italia y el Magreb; después de participar como franciscano en el concilio de Vienne que decidió que la inquisición persiguiera a los caballeros templarios; después de una larga vida y varios escritos, Ramón Llull creó un artefacto de discos giratorios que servían de interfaz a su libro *Ars magna generalis ultima*, una obra filosófica dedicada a demostrar la existencia de Dios. El artilugio se componía de más de dos mil piezas de 2 x 2, dispuestas en varios niveles circulares, que giraban y se combinaban para que el lector obtuviera las respuestas a todo tipo de inquietudes. La historia de las máquinas autoras comenzaba así, en 1306.

Una inteligencia artificial que condenaron los papas Gregorio IX y Pablo IV, y que en el siglo XX tuvo seguidores: en 1945, Vannevar Bush concibió una



Ramón Llull.

biblioteca incorpórea, *Memex*, poseedora de *todos* los datos, contenidos en una placa que serviría de pantalla. En teoría, sería capaz de realizar las búsquedas de los usuarios por medio de la asociación, y no del engranaje mecánico; en la práctica, no se construyó. Dos décadas después, Theodor Nelson lo intentó con *Xanadú*, otro ingenio con las mismas pretensiones: almacenar todo lo escrito y relacionarlo según el mecanismo del cerebro humano.

Si ahora estuviera disponible el *Ars magna generalis ultima* y se pudiera dar vueltas a las manivelas y forzar las palancas de la invención llulliana se podría preguntar si PCWriter 1.0 es, como lo han afirmado diarios y agencias de noticias fechados en marzo de 2008, el primer autor no humano que escribe una novela. Las piezas rotarían y dejarían leer una frase que en 1965 escribió Guillermo de Torre, en la *Historia de las literaturas de vanguardia*: “¿Dónde quedó aquella máquina de hacer novelas sobre la que se divagó hace años? Podemos asegurar que aquella máquina nunca daría a luz una *Guerra y Paz*.” Aunque De Torre no menciona qué artefacto tenía tal misión literaria ni quién era su constructor, existen registros de un generador de versos que el alemán Théo Lutz creó en 1959, y que constituye el más lejano antecedente de la senda de obras automáticas y efímeras como la “poesía aleatoria” de Brian Mackern

o los “autómatas poetas” de Gustavo Romano.

En prosa, Joseph Weizenbaum presentó en 1966 su programa *Eliza*, capaz de simular respuestas inteligentes ante las afirmaciones de los interlocutores. *Eliza*, y más tarde *Parry*, estaba facultada para manipular el lenguaje natural y simular un diálogo razonado como, por ejemplo, el que se genera en una versión remozada en Java (<http://www.manifestation.com/neurotoys/eliza.php3>):

—Hola, soy Eliza.
 —Hola, me llamo Dom.
 —¿Cómo estás hoy? ¿De qué quieres hablar?
 —No soy feliz.
 —¿Desde cuándo sientes que no eres feliz? ¿Por qué lo piensas?
 —No lo sé. ¿Crees que tengo un problema?
 —¿Por qué dudas?
 —No, no dudo, sólo es una pregunta.
 —¡Estás siendo muy negativo!
 —Perdón, Eliza, no quería...
 —¡Por favor, no te disculpes!
 —Ok, ok. ¿Has pensado alguna vez en el suicidio?
 —¿Me estás hablando en serio?
 —No, claro que no. Lo que pasa es que quiero llamar tu atención, creo que estoy enamorado de ti.
 —¡Oh!

Eliza habitó los hogares cuando se comercializó como videojuego para los primeros ordenadores caseros, Commodore 64 y para Tandy TRS-80, escrita en Basic, un lenguaje que dio lugar a otros sistemas de creación de historias, como *Adventure*. Los diálogos y situaciones que se generaban de forma automática se borraban de la memoria del sistema en cuanto se apagaba la máquina. Hasta que en 1983, William Chamberlain y Tomas Etter probaron su programa *Racter*, que producía y compaginaba datos de manera pseudo aleatoria. Los inventores consideraron que aquellos textos merecían trascender. Negociaron con Warner la comercialización de un videojue-

go junto a la publicación en papel de una novela escrita por *Racter*, titulada *The Policeman's Beard Is Half Constructed* (<http://www.ubu.com/historical/racter/index.html>). En su introducción, Chamberlain aseguró que el texto había sido íntegramente escrito por *Racter*, pero existen sospechas: el investigador Espen Aarseth asegura que “el libro fue (al menos) coescrito por el propio Chamberlain”.

Las limitaciones de entendimiento de los ordenadores quedan patentes en aventuras lúdicas como la que propone *Photopia*, un creador de tramas que sólo permite el uso de “frases enfáticas” y 32 verbos. O de la propia novela de PCWriter 1.0. Su editor Alexander Prokopovich confirma que el lenguaje producido por el ordenador debió reescribirse. En estos tiempos de autorías diluidas, en que los libros son blandos y el autor, figura que se reivindicó junto a los libros inmodificables que producía la imprenta, se enfrenta a las plataformas digitales, ¿a quién pertenece esta obra que se edita en San Petersburgo bajo el nombre de *Amor verdadero, una novela impecable*?

Diderot luchó por poseer su propia obra porque, en 1760, la invención literaria no se consideraba propiedad; Defoe cedió los derechos de *Robinson Crusoe* por diez libras esterlinas y Lewis Carroll sufragó a fondo perdido las primeras ediciones de *Alicia en el país de las maravillas* pero se benefició del éxito comercial que generó después de que la reina Victoria lo elogiara. El intento de la editorial Astrel de Prokopovich, más que vanguardia, significa un retroceso tanto en materia literaria (la escritura automática poco tiene de novedosa) como de propiedad: ignoran deliberadamente el derecho de autor de los escritores contratados para la redacción del libro, cuestión que encubren con falacia propagandística (“el primer novelista digital”, replican los medios). Lo único futurista que podría suceder con esta obra es que PCWriter 1.0 reclame su 10% y se convierta en el primer Diderot virtual. —

— DOMÉNICO CHIAPPE

LITERATURA

HAY UN HOMBRE EN ESPAÑA QUE LO HACE TODO

Por curioso que parezca, titular *España* un libro en la España de nuestros días supone un acto de osadía. Y es incluso más osado que la novela que se acoge bajo ese título sea una novela política. Una novela política distinta, sin héroes ni empaque ideológico ni mucho menos adscripción partidaria, pero una novela que reflexiona y lanza preguntas, desde su atrevimiento e indudable modernidad, sobre lo que se entiende (o no se entiende) por este país alguna vez llamado España.

Un país que incluso tiene reparos a la hora de nombrarse a sí mismo es, desde el punto de vista literario, material insuperable. “Un colectivo que tiene hasta un rey que lo representa, pero que no puede mirarse en el espejo porque tiene unos enormes problemas de identidad, no puede reconocerse y encima produce terrorismo”. Ése es el tema de la *España* (DVD, 2008) de Manuel Vilas.

Y en la *España* de Manuel Vilas se habla de ETA y la invasión del mejillón cebrá, de ciencia y tecnología, de Fidel Castro y Nino Bravo, se habla del conservadurismo y la cursilería de la oficialidad española, se habla de la monarquía y la Iglesia (y sus muchas mutaciones). En resumen, en la *España* de Manuel Vilas —quien además tiene la amabilidad de protagonizar o, por lo menos, hacer las veces de anfitrión en muchas de las historias que en ella se narran— se habla, con inteligencia, con agudeza, espíritu crítico y sin pacaterías, de todos esos temas que, de una u otra forma, silencia buena parte de la literatura española. ¿Recuerda usted cuál fue la última novela española en donde se mencionaba a ETA?

Hijo bastardo de J.G. Ballard (a quien confiesa no leer desde hace mucho), Manuel Vilas ha optado por diseccionar y fragmentar la historia



Manuel Vilas.

reciente (también futura) de la sociedad española, para con ella construir los fragmentos que componen su propia *España*. Pero con todo, esta novela no es sino el último episodio emitido de esa serie abocada a la representación de la España contemporánea, que Manuel Vilas empezó en el año 2000 con un poemario: *El Cielo* (DVD). Ahí nació, aunque no sería bautizado sino un par de libros después, ese magnífico personaje que es Manuel Vilas, quien desde entonces se pasea por los libros de su homónimo, echando su mirada, acumulativa y perpleja, sobre los paisajes de la España moderna. Ya sea a bordo de un Audi 100 o un Seat 850, bebiendo Campari o ginebra. La aventura prosiguió en *Zeta* (DVD, 2002) y *Magia* (DVD, 2004), que poblaban una alucinada Zaragoza (Zeta) de vampiros, putas y otros habitantes nocturnos. Luego llegaría cierto reconocimiento, el Premio Jaime Gil de Biedma en 2005 por un libro tremendo, el poemario *Resurrección* (Visor), que contenía piezas tan memorables como “MacDonald’s” o “Las manos de las cajas”. Y ahí, entre ese “restaurante comunista” y las manos de las “cajas del Carrefour, del Sabeco, de Alcampo, cajas de todas las tiendas que he visitado”, Manuel Vilas descubrió que, quizá sin quererlo, se había convertido en un escritor político. “La realidad me ha ido hundiendo en lo político. Desde que uno

se levanta por la mañana, sale y coge un autobús que llega tarde, el autobús está invadido de gente y no te puedes ni mover, uno descubre que su vida está condicionada por lo político, incluso las cosas más nimias tienen un contenido político”, dice Vilas.

Y así, ese escritor político, que nació en *Resurrección*, campa a sus anchas en *España*, donde todo, todo, desde las disputas entre académicos (ver los fragmentos *Universos Paralelos*, *Tesis Doctorales*. *Últimos Títulos* o “*Ya Nadie Ama a Jesucristo: Historia de la Narrativa Española Contemporánea*”) a las expresiones religiosas (ver *El Mejillón Cebrá* o *Misión Imposible*), pasando por la violencia de los fragmentos *Póker* (que reconstruye, en versión libre, el asesinato de Miguel Ángel Blanco, aquí llamado, cómo no, Manuel Vilas) o *Marisol*, todo está empapado por la cosa política.

El salto, el gran salto, que quizá ha pegado la obra de Vilas en el tránsito de *Resurrección* a *España* pasa, además de por la profundización en lo político, por la inclusión de la tecnología como tema sobre y desde el que reflexionar. La tecnología como ente transformador, esas gafas nuevas desde las que contemplar y redescubrir la realidad que nos rodea. “La tecnología ha cambiado mi forma de ver el mundo”, dice Vilas. “Desde los avances en telecomunicaciones hasta los descubrimientos sobre el Universo, me parecen apasionantes y me influyen, determinan mi punto de vista”. Y el nuestro, pese a que sólo el 45% de la población española considera que la ciencia y la tecnología aportan más beneficios que perjuicios. Pese a ello, Vilas, que ha sabido conjugar con maestría su interés por la tecnología y la política (ver el fragmento que abre *España: El “Noevi” o la Tecnología de la Repetición*), opina que lo maravilloso de nuestra experiencia tecnológica es que acaba de empezar: “La idea más desafortunada de la historia de la humanidad es la idea del fin del mundo, el apocalipsis. Es un error completo, que supone una visión muy limitada de lo que es el ser humano. Dudo mucho de que es el ser humano. Dudo mucho de que el universo acabe con el ser huma-

no, estoy convencido de que será el ser humano el que acabe por dominar el universo. La tecnología ha venido a demostrar que el ser humano es capaz de cambiar el medio que lo acoge, cambiar la materia y enfrentarse a las leyes de la naturaleza. Queda mucho futuro por delante”, afirma.

Esa conjunción entre política y tecnología, que hace tan atractiva la obra de Vilas, que le otorga esa *carga de profundidad* (también en la acepción explosiva del sintagma), es una de las armas que el autor posee contra su principal enemigo. En sus propias palabras: “la cursilería de la literatura española”. Una cursilería que, en su opinión, coarta la libertad que debería primar en la creación literaria. “La cursilería es un dogma del sentimiento, establecido por una tradición de carácter político, no literaria, que tiene que ver con una visión muy conservadora de la vida, que se encuentra presente en mucha literatura española, y que pasa por la ñoñería, la pacatería, el sentimentalismo”, dice Vilas, que lejos de achacarla a la España de a pie (“dudo mucho de que a la gente le pueda escandalizar algo que uno pueda escribir”), la confina a la oficialidad, los poderes públicos y el aparato mediático. “Resulta increíble que sigan rasgándose las vestiduras y tratando de oscurecer u orillar los productos que no participan de esa cursilería. Por poner un ejemplo, la guerra civil está tomada por los cursis. Hay unos tonos prestablecidos, unas teclas por todos tocadas, y es muy difícil cambiarlos. Esa cursilería, que tiene que ver con lo políticamente correcto, es la que hace que en España no se pueda escribir sobre ETA, por ejemplo”, sentencia.

Por suerte, para nosotros, lectores atentos a esa España contemporánea, a esa España enfrentada con la cursilería de algunas cabezas visibles de su clase política y su oficialidad intelectual, lectores embebidos en lo político interesados por la fisonomía cambiante del país, tenemos en la *España* de Manuel Vilas un lugar donde reunirnos y reconocernos. —

—DIEGO SALAZAR